

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

NICOLAS MIHOVILOVIC

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Claudio Orrego Vicuña
Arturo Valdés Phillips

¿Quién soy?

NICOLAS MIHOVILOVIC

TRILOGIA MAGALLANICA DE
MIHOVILOVIC

Los escritores nacidos en Magallanes tienen relieves inconfundibles. Su personalidad enérgica y a la vez soñadora, su estilo nervioso y potente, su amor al terruño y a los temas que él les inspira, los distingue de todos los escritores nacionales. En los poetas y narradores de aquellas apartadas latitudes del austro cobra viva actualidad la teoría de Taine. Se advierte, estudiando sus obras. El medio, la raza y el clima se transparentan en el talento y las dotes creadoras de quienes vieron la luz de la existencia en la urbe más meridional de la tierra.

Es el caso característico de los autores que llevan sangre yugoslava en sus venas y, en especial, del novelista

Nicolás Mihovilovic. El agitado mar que custodia la soberanía chilena frente al Estrecho, meció su cuna. Tenaces inmigrantes de Dalmacia fueron sus progenitores. La nieve y el viento dieron temple a su pluma.

¡Con qué firmes trazos nos pinta la figura paterna en su primer libro! Su nostálgico título lo dice todo: "Desde lejos para siempre" (Impta. Eros, Santiago, 1966): "Mi padre hacía crujir el piso con sus recias pisadas, mientras esperaba que hirviese el agua para afeitarse. Con sus ojos claros, acerados, su enhiesto mostacho castaño y el infaltable toscano en la boca, tarareaba un valsecito picaresco de repetida melodía. Nosotros lo mirábamos desde abajo y nos parecía gigantesco..." (Pág. 17).

En la obra citada los recuerdos de la infancia están ligeramente novelados. Mihovilovic ha sabido alternar en ellos los pasajes tiernos con los de una suave ironía. Género difícil este que, salvo contadas excepciones, ha sido apenas cultivado entre nosotros.

Agreguemos que en estos sabrosos recuerdos, junto a la vida de su familia y a la de la colonia yugoslava, describe su autor el animado transcurrir de Punta Arenas en el lapso comprendido entre las dos grandes conflagraciones europeas.

Tanto valor como la veracidad de un documento rescatado de los archivos encierra esta cita que entresacamos de "Desde lejos para siempre". Habla, sorprendido y atónito, el doctor Munizaga, llegado desde Santiago a la urbe sureña: "Aquí está en todas partes la presencia del Hombre, de su lucha, de su esfuerzo y de

su triunfo. Crear una ciudad como ésta es algo que está entre lo absurdo y lo heroico. A primera vista parece que no tuviera sentido el que alguien haya querido vivir en este clima tan extraño, uno de los más duros del mundo, y seguramente el más inhóspito de todos. Sólo gente de voluntad inquebrantable, de salud de hierro; plena de coraje y energía, pudo hacer esto... ¿Por qué todo, por qué el esfuerzo, por qué el sacrificio? Por algo tan simple y eterno como la vida: sencillamente, por amor" (Págs. 192-193).

En su segunda novela, titulada "Entre el Cielo y el Silencio" (Pineda, Santiago, 1974), Mihovilovic cuenta la epopeya del ovejero guiando los blancos piños lanares a través de las heladas llanuras desérticas. Ese personaje, no por más ignorado menos heroico, que hoy por desgracia tiende a desaparecer, inmortalizado en los versos de José Grimaldi y en el grupo escultórico de mi amigo Germán Montero Carvallo, erguido en la capital antártica.

Por estos días, incitante aún el olor a tinta fresca, este hijo de Magallanes, mitad dalmata, la otra mitad chileno, completa su trilogía novelística con un tercer libro. Lo bautiza, junto a Neptuno, allá "En el Último Mar del Mundo" (Zig-Zag, 1978). Conocedor de los secretos de nuestros canales sureños, de sus islas y sus tranquilas ensenadas, confidente de las tormentas e irascibles reflujos del monstruo marino, esta nueva creación suya es parte de su misma vida. Traduce sus ansiedades de patriota y sus sueños de artista. Narra en ella Mihovilovic los riesgos, luchas y esperanzas de los

osados navegantes, loberos y nutrieros, de los pescadores y buscadores de oro. Los vemos allí, unos pereciendo en el mar sin lograr ser rescatados; los más, abriéndose incierto camino por los turbulentos dominios en donde chocan los brazos de dos océanos.

El carácter de los personajes sabe fijarlo el novelista con toques de fuerte realismo. En particular, el del capitán lusitano don José, con su apacible aire de poeta; y el de su jocundo émulo, el capitán von Vogel. A espaldas de ellos, conjura y roba un repulsivo contrabandista: el Pequenino.

... Las descripciones del paisaje, a veces profusas, lo gran, no obstante, armónico equilibrio con lo sostenido de la acción y con el diálogo, entreverado de humorismo, que intercambian los protagonistas.

Salpiquemos el pecho y la mente con este palpitante trozo arrebatado a los embates de "En el Ultimo Mar del Mundo": "En los desgarrones que el viento producía en la cortina del agua, no se divisaba más que mar y cielo. Las olas daban la impresión de que pronto se desplomarían sobre la embarcación, pero ésta trepaba y resbalaba insistentemente por los lomos encrespados, envuelta en un torbellino de espumas, sacudiéndose hasta la última de sus maderas en un estertor de agonía. El capitán permanecía en su sitio, con una extraña determinación en los rasgos endurecidos del rostro... Nadie hablaba, pero tenían la certeza de que ya habían tomado un rumbo hacia lo desconocido y que ese rumbo en ese momento era imposible de torcer: en ello iba la vida. Ya no se hacía la voluntad de los hombres. Era

la mar la que exigía con toda su eterna potencia: ¡así, así la proa!" (Pág. 141).

Congratulémonos con la espontánea prosa de Nicolás Mihovilovic. Para él, recordando a Menéndez y Pelayo, el mejor estilo es el que menos lo parece, ese que cada día el maestro de la "Historia de las Ideas Estéticas" pensaba escribir con más sencillez.

Huelga insistir en la importancia cívica que esta novela magallánica reviste, hoy que los derechos de la soberanía chilena en el canal de Beagle e islas adyacentes pretenden desconocerse por Argentina. Si con los sajones llegados en el decenio del Presidente Montt hubieran venido inmigrantes yugoslavos, Chile no habría perdido el corazón de la Patagonia.

Pero, señores, dejemos que el novelista Nicolás Mihovilovic nos cuente la auténtica y hermosa novela de su vida.

HERMELO ARABENA WILLIAMS

MAGALLANICO

La peor cosa que puede acontecerle a uno es tener que hablar de sí mismo en voz alta, tan alta como para ser oído con facilidad en la última fila de una sala. Menos mal que se trata de una sala relativamente pequeña. Ello me evitará tener que desgañitarme para poner de relieve mis múltiples virtudes. Porque cuando uno habla de sí mismo naturalmente busca exhibir virtudes y pasar por alto, como si el olvido fuera casual, todos sus defectillos. Porque los humanos, una de dos, o somos dechados de perfección o tenemos algunos defectillos sin importancia.

En nosotros los escritores —aquí generalizo, que es otra forma de escurrir el bulto—, hay un cierto defectillo bastante usado: la modestia. Yo diría que en verdad, la modestia es no sólo un defectillo, sino el peor de todos los defectos del alma humana. La modestia ha impedido que vean la luz pública infinidad de bordinos literarios y, seguramente, más de alguna obra

maestra. Es la consecuencia de la generalización. Todos nos proclamamos escritores; pero ni uno solo hay que se atreva a decir soy un buen escritor, soy un mal escritor, soy un escritorzuelo, un escribidor, un mamarachero.

Perdón. Yo he sido invitado para decir quién soy. Me llamaron para eso, porque soy escritor, escritor chileno, además, pese a mi apellido. Es que soy criollo magallánico, hijo de padres dálmatas de actual nacionalidad yugoslava y que otrora fueron austriacos o austríacos, como dicen los puristas.

Estoy aquí porque soy escritor. Y, ¿por qué soy escritor?

Es un título que no se adquiere en ninguna universidad, que yo sepa. Salvo esa muy manida, traída y llevada "universidad de la vida", en la cual aprenden los zapateros remendones y los literatos. Pero para saber por qué soy escritor, para entenderlo, es preciso saber quién soy.

A nadie que me conozca de niño —son cada vez menos los sobrevivientes— le extrañará si aseguro que comencé a escribir sobre un mostrador. Sí. Mi padre era bolichero. Un austriaco grande, rubicundo, de enérgicos mostachos y pisada firme. Ciento veinte kilos con el sombrero puesto. Hasta sus amigos más íntimos lo llamaban "don Domingo". Mientras envolvía las exiguas compras de sus clientes solía silbar algún airecillo intencionado. De los piropos con que obsequiaba la coquetería de las muchachas no sé decir dónde comenzaba el ingenio y terminaba la picardía. Aparte de ser

un espléndido fumador de toscanos, era un lector impenitente. Su biblioteca privada estaba bajo el mostrador: libros de aventuras en su gran mayoría; de esos que como "Los Tres Mosqueteros", están escritos para que el lector adivine todo lo que quiera o su imaginación le permita. Por ahí empezaron mis lecturas extra estudiantiles. Con gran consternación de mi madre que suponía, no sin fundamento, que yo estaba descuidando mis estudios. Ella, siempre afanada en los quehaceres del interior de la casa, venía poco al negocio. Las funciones estaban perfectamente repartidas; cada uno a lo suyo y, naturalmente, la mujer en la cocina. Pero no vaya a pensarse que doña Catalina lo pasaba mal. ¡Qué va! Su voz entonaba durante todo el día viejas canciones de su tierra y era de ver los coros que se formaban cuando caían dos o tres paisanas a esa hora sacrosanta que en Punta Arenas se llama del café, que es del té en otras partes del mundo y de las once en el "norte", que es para el magallánico exactamente todo el resto de este largo país que apoya la cabeza ardiente en el morro de Arica y se enfría los pies en la Antártida.

Por ser yo el mayor de tres hermanos, sobre mi testa rubia, y casi pelada al rape, caían las responsabilidades de los hechos propios, como los fraternales estropicios de los dos menores. Más de alguna reprimenda mal aplicada al incipiente intelectual, que, metido en los libros, no veía lo que pasaba a su alrededor, hacía sonreír compasivamente a los causantes del desaguisado.

Los primeros intentos literarios fueron unas cartas

comerciales garrapateadas por mi padre y que él me exigió verter a buen castellano y con letra caligráfica. Fueron las cartas más transpiradas que escribí en mi vida. Opté por abandonar el género epistolar. Quien tenga alguna carta mía manuscrita que la guarde, porque algún día va a ser pieza de museo.

En esta parte de esta confesión cabría perfectamente que comenzara a "tirarme algunos carriles" para darle color, como quien dice. A la gente le encanta creer las mentiras. Pero voy a preferir la escueta verdad aunque me salga desabrido el relato. De niño no me pasó nada sensacional, aparte de que crecía con más rapidez que lo calculado, lo que obligó a que me pusieran pantalones largos a los catorce años, para disimular mis largas y flacas canillas. Lo que pasó después lo ignoro; pero supongo que sería para que no me quedaran cortos los pantalones que no crecí más. A los quince me compré una máquina de afeitar con cinco hojas de repuesto, jabón, hisopo y, en fin, todo lo necesario. Al respecto, hasta ahora no sé por qué en mi casa hubo cierto regocijo. La máquina estuvo guardada como dos años, hasta que una mañana descubrí —ahora el regocijo fue mío—, que bajo la nariz tenía unos cuantos pelillos que brillaban según como pusiera el espejo. Con denuedo, arma en ristre, atacué a las desprevenidas vellosidades. No satisfecho con la primera pasada que sonaba como rastrillo, hice no ya una espuma, sino una pasta de jabón y arremetí por segunda vez... Bueno. Llegué al liceo con once pedacitos de papel de cigarri-

llo pegados sobre otros tantos tajos en la cara. El regocijo, naturalmente, fue de todo el curso.

Empezaba mi azarosa vida juvenil. Lo primero que hice, literariamente hablando, fue un soneto dedicado a una niña un poco turnia, pero bastante cariñosa. El soneto, construido —sí, mis estimados amigos: “construido”— con todas las reglas del caso, era la confección perfecta: ritmo y rima consonante, sin una falla; no le sobraba ni le faltaba una sílaba; había evitado cuidadosamente los hiatos y sinalefas; en fin, como obra de ingeniería estaba bien. Como poesía, ¡detestable! Me sirvió para descubrir que la dueña de mis amores, se ponía más turnia cuando no podía aguantar la risa. El romance terminó en el verso número doce. Dos quedaron inéditos y fueron a dar a la alcantarilla antes de alcanzar a ser proferidos.

Me convencí que la poesía clásica no era mi fuerte. Decidí entonces hacerme “libremetrista”, que son algo así como los librepensadores del verso. Creí que lo primero que debía hacer era no volver a afeitarme en mi vida. Mi idea era andar un poco siniestro, a lo Rasputín. Esta convicción definitiva me duró hasta el sábado siguiente, cuando unas compañeras de curso —nuestro liceo era coeducacional— organizaron un malón. El malón fue bastante “buenón”. Alguien había traído unas botellas de pisco y las tomamos disimuladas con cerveza. Nuestras compañeras nos invitaron cordialmente, ¡a que nos fuéramos! Con la helada que hacía esa noche de invierno se podría haber escrito un tango, ese que habla del “frío bulevar”. Solos en la vía,

hicimos una "vaca" y nos fuimos a un cabaret. Alcanzó justo para una copa por cabeza. Después nos echaron ¡por ser menores de edad!

Para mal de mis pecados, en el liceo existía una minúscula imprenta, en que un viejo maestro daba clases de tipografía y en la cual se imprimía la revista "Germinal", editada por el alumnado y dirigida por un estudiante del último curso. Allí fueron directores —perdóneseme si equivoco el orden cronológico—, Roque Esteban Scarpa, José Grimaldi, José Gómez y otros que no recuerdo. En 1933, que coincidió con el traslado del viejo liceo, desalojado de un inmueble ya ruinoso, a un local facilitado por la Soc. de Instrucción Popular, me correspondió dirigir unos cuantos números, que se publicaron ese año. Después, lo de siempre; la revista languideció; se editó una que otra vez en años sucesivos y, de pronto, se extinguió. ¿Falta de espíritu? ¿Inquietudes nuevas en la juventud? ¿Otros rumbos? Tengo respuestas a todas esas preguntas, pero prefiero callarlas. Digamos, resignadamente, que los tiempos cambian.

En la revista "Germinal" algunas veces me faltó material para dos o tres páginas. Entonces inventé escribir cambiando el estilo y pedirle a algún compañero que me facilitara su nombre para firmar alguna colaboración. Era un fraude literario al revés.

Un buen día nos despedimos del liceo unos treinta muchachos. La verdad es que también nos despedimos de nosotros mismos. La vida nos dispersó.

Eso no lo noté al comienzo. Pero empecé a entrar en

una vida que no era esa cosa compartida de todos los instantes que nos habían dado los largos doce años de colegio. Ahora para mí el ambiente fue otro. Descubrí casi en seguida que me costaba mucho entrar en confianza, crear nuevas amistades. Tuve durante largos años excelentes compañeros de trabajo, en todas mis varias actividades; pero, mis amistades sólidas venían todas de la niñez.

Más tarde, mi estadía de tres años y medio en Tierra del Fuego como gobernador del departamento me dio ocasión de captar muchas cosas en vivo y en directo como se diría en la actual jerga televisiva. A los que me critiquen por usar neologismo tan bárbaro, debo advertirles que es mejor tener la alfombrilla de chico para que pase luego y para siempre.

A propósito de ello, naturalmente que tuve alfombrilla a eso de los seis años, cuando iba a la escuela de doña Julia Guerra. Allí aprendí las primeras letras. Quien veía los palotes que yo hacía me vaticinaba un brillante futuro como instalador de postes de alambreado: una carrera con mucho porvenir en una zona eminentemente ganadera como la nuestra.

Pero, ¡qué gratos recuerdos tengo de esa modesta escuela, en que la maestra de vez en cuando tocaba el arpa y nos cuidaba con tanto esmero y cariño, como a las plantas de cardenales, malvas y claveles que se alineaban tras los vidrios de las ventanas en tarros o maceteros de madera, pintados de verde! Aún, cuando

cierro los ojos, veo la gran mesa ovalada en torno a la cual nos sentábamos los mayorcitos, como hijos de una familia numerosa. La figura tranquila de la señorita Julia; sus correcciones hechas con bondad y energía... Y aquella vez, como me sentí obligado a describirlo en mi primer libro: "Desde lejos para siempre":

"Era víspera de Navidad. La señorita Julia había engalanado la escuelita con ramas de roble y banderitas de colores. Nos hizo cantar lo que pacientemente nos había enseñado en dos años; después nos entregó los certificados y a aquellos, que como yo, ya no volveríamos, nos regaló una medallita de la Virgen del Carmen y nos dio un beso en la frente. Yo quise darle las gracias, como mi padre me había dicho que debía hacer; pero, como la vi llorando, no me atreví".

Años después, muchos años después, llevando de la mano a mi pequeña hija, pasé frente a la escuela. La señorita Julia, ahora con el pelo entrecano y algunas arrugas en su robusta cara de campesina chilena, en la cual parecían no reflejarse las emociones, charló un rato con el mismo tono que yo le conocía desde casi treinta años. Por la puerta entreabierta se veía la gran sala de clases, modernizada, con pupitres individuales, con luces fluorescentes; el antiguo calentador a leña y cerca de su tarima de maestra —no olvidada ni enfundada— su arpa... Las plantas floridas rebosaban en jarrones de greda y porcelana. Esos eran sus lujos, después de cuarenta años de magisterio.

Hoy que han pasado otros veinticinco desde aquel día, Julia Guerra vive en el recuerdo de sus viejos ex

alumnos, que han bautizado una calle de Punta Arenas con su nombre.

En el colegio San José de la congregación salesiana estuve siete años. Había entrado a él en 1924. El niño que uno lleva adentro lo recuerda así, textualmente:

“El primer lunes de marzo entré tímidamente al Colegio “San José” de los padres salesianos. Allí las cosas eran muy distintas a la escuela de la señorita Julia. Nos hicieron formar en filas de a dos y tuvimos que recitar unas largas oraciones que yo no conocía. Cuando terminó la larga ceremonia, con un Padrenuestro y un Avemaría, ya me sentí más en ambiente; esas oraciones eran las únicas que nos había enseñado nuestra maestra.

Las salas de clases me parecieron inmensas y terriblemente frías. Tenían piso de cemento y grandes ventanas enrejadas que daban a un patio central... Pero, los chiquillos eran más alegres. En los recreos se jugaba a la pelota; había paso-volantes, un carrusel, zancos, columpios...

Los curas negros que yo había visto salir entumidos de los confesonarios, aquí eran alegres y activos. Unos jugaban a la pelota, otros a las bolitas, otros al paco librado, a la mancha... metidos en medio de nosotros, como si fueran niños ellos también. Pronto supe sus nombres: el padre Torres, el padre Re, los acólitos Olave y Andaur, el padre Rojas, el padre Fuenzalida, el director Padre Costamagna, y los maestros

Benove, Lagos, Salvetto, Navarro. Estos últimos no andaban con sotanas, pero eran algo así como curas también. No lo entendí muy bien al comienzo; me parecía que en un colegio de curas todos tenían que serlo.

Una que otra vez, pero sin falta una por semana, íbamos a la iglesia. El colegio llenaba todos los lugares y aún algunos muchachones debían arrodillarse al final, donde ya no había bancos.

También había un teatro en que una vez al mes se hacía una función en que actuaban los propios alumnos, desde los más pequeños, que recitaban poesías del libro de lectura, hasta unos grandotes que se pintaban bigotes y barba con corcho quemado. Se vestían de romanos, de chinos o de cualquier otra cosa, y nos hacían reír con sus payasadas, o llorar con unos dramones donde siempre había un misionero con larga barba de lana negra. A veces el misionero convertía a los paganos y todo terminaba bien, pero en otras ocasiones moría asesinado por el "malo" y entonces, en el momento de morir, venía el malo arrepentido y el misionero lo perdonaba "en el nombre del Padre, y del Hijo y del Es-pí-ri-tu San-to". "Amén", decía el "malo", ya convertido en bueno, y caía el telón mientras nosotros nos sorbíamos los mocos".

Pero no era el teatro lo más importante. Otras actividades habían de distraernos tanto o más: los juegos y los deportes; la música y la literatura...

Aquí debo hacer un paréntesis, grato y evocador. Si la señorita Julia nos había extirpado como muelas caídas las palabrotas en que se enredaba nuestro len-

guaje callejero, habría de ser en este colegio de curas donde uno de ellos, el más chileno de todos, huaso ladino, nos enseñara no sólo a hablar sin interjecciones, sino a usarlas con propiedad en lo escrito: el padre Juan Bautista Torres. No es la primera vez que su nombre se pronuncia ante concurrencia tan selecta como la de hoy. Hay ex alumnos de él que son miembros de número de la Academia Chilena. Con eso lo digo todo.

Los que tuvimos la suerte de ser sus pupilos: Coloane, Scarpa, Grimaldi, Campos Menéndez y tantos otros, y algunos que desaparecieron o cuyas naves viajan a la deriva en los vaivenes del existir, podremos olvidar muchas cosas, pero jamás sus lecciones. Escribir con soltura, con elegancia, pero por sobre todo, principalmente, escribir en castellano. Respetar las reglas del idioma y cuidar sus nobles expresiones; las que vienen del viejo romance con que están escritas las Partidas de Alfonso el Sabio. ¡Cuidado con las deformaciones y las influencias, aún las latinas y griegas! ¡Cuánto más evitar galicismos, anglicismos, barbarismos!, y ¡Cuidado con los peligrosos neologismos! Un idioma vivo y tan rico como el español está expuesto a muchos embates, entre ellos los de la modernización excesiva y la excesiva aceptación de términos técnicos y científicos provenientes de otras lenguas.

Pero, aunque de primera parezca una contradicción, este purista del castellano, era también profesor de inglés. “¡Hay que conocer al enemigo!”, parecía ser su lema. Con la perspectiva que da la lejanía de los años, creo adivinar que el padre Torres preveía la enconada

competencia de los dos idiomas que a todas luces están destinados a ser los más usados del mundo occidental.

Dos elementos esenciales eran los que manejaba el maestro para hacernos expertos en el uso del lenguaje: el análisis lógico y la creación individual al través de trabajos de composición, tanto en prosa como en verso. Gracias a él el Instituto San José fue un nidal de poetas y escritores. Ya lo dije; algunos se malograron, a otros se les apagó el estro entre los estrellones del diario vivir. Algunos, mal que mal, todavía flotamos y, por cierto, unos pocos, conocieron la fama y el triunfo. De quien no perdura nada de una prolífica labor literaria, modestamente guardada en cajones y gavetas a la espera de algún día ver la luz pública, es precisamente del gran profesor. La falta de seguidores inspirados hizo que la valiosa obra de toda su vida se perdiera entre polvorientos legajos junto con la añeja documentación rutinaria del colegio. Es posible que centenares de páginas escritas con cuidada caligrafía y con inspirada perfección lingüística, sirvieran años más tarde para animar las llamas de las estufas escolares... El modesto sacerdote es, en un mausoleo colectivo de la congregación salesiana, sólo un nombre, una cruz, una fecha...

Después del padre Torres, entra en mi vida literaria otro maestro. Conocido y ridiculizado por los muchachotes del Liceo con el apodo de "Pancho Brujo", el erudito profesor Luis A. Vargas. Un hombre enteco, de prodigiosa memoria y de expresión fácil, aunque

monótona. Era difícil seguir sus clases monocordes con la necesaria atención. Pero él usaba ciertos recursos efectistas, basado en su conocimiento perfecto de varios idiomas. En la citada revista "Germinal", alguien glosó, junto a un buen grabado de la vera efigie del profesor, esta aseveración: "Nos traduce al castellano / bellos versos en francés / prosa sublime en inglés / y cuando tiene en la mano / algo escrito en italiano / nos lo traduce también".

Fueron tres años entretenidos aquellos del Liceo Fiscal. Había quedado lejos la disciplina salesiana y, cosa sensacional, teníamos "compañeras"; el liceo era coeducacional, debido a que el establecimiento de humanidades para niñas tenía sólo primer ciclo. Mirando las piernas de las muchachas, más de algún bobalicón se estrelló contra los pilares del aula magna. "Aula Magna" se llamaba una especie de barracón en que formaban todos los cursos del liceo cada mañana y en la cual se realizaban las célebres "sabatinas", actos literario-musicales con que se cerraban las actividades de la semana en la primera hora del sábado. Tenía el aula magna un modesto escenario, que en buenas cuentas no pasaba de ser un estrado, donde solíamos representar algunos "juguetes cómicos" o pantomimas, o frente al cual teníamos que soportar cosas tan inauditas como un concierto de flautas, por ejemplo.

Esto de las flautas ocurrió un día de 1933. Lo recuerdo, no por las flautas sopladas con entusiasmo por dos artistas alemanes invitados al liceo por otro alemán, nuestro profesor de inglés y naturalista aficionado, don

Werner Gromsch. Lo recuerdo por lo que dijo el profesor Gromsch, a quien correspondía disertar esa semana, refiriéndose a la inquietante situación europea. Hizo un vaticinio que se cumplió, para desgracia de la humanidad, al exclamar con acento lúgubre: "Hitler es la chispa de fuego que caerá en el *baril* de la *pólvorra*".

Don Werner Gromsch es uno de mis personajes inolvidables. Hombre de complexión atlética, barba bien cuidada, calzado con crujientes bototos, ojos claros y una humeante pipa en la boca, dictaba sus clases balanceándose sobre los talones y la punta de los pies como si estuviera aguantando mar gruesa en un imaginario velero. Era aficionado a las excursiones terrestres y marítimas. En su casa se hablaban cuatro idiomas: castellano, alemán, inglés y francés, en estrictos turnos semanales. Siempre me cuidé de ir de visita cuando se hablaba castellano.

Era pintoresco y gustaba de los chistes; no sólo alemanes, desde luego. En general, era un excelente amigo de sus alumnos, pero ¡guay de aquel a quien tomara ojeriza! Porque era vital y salía de lo común, no lograba concitar simpatías entre sus colegas; pero, cuanto más dificultades tenía con el resto de los profesores, más lo queríamos sus alumnos. Era lógico.

La simpatía de los muchachos hizo posible que Werner Gromsch fundara su brigada de scouts "Capitán Eberhard", su grupo de "samaritanas", con una posta de primeros auxilios en el mismo liceo y, también, obra de gran trascendencia, el "Touring Club de Magallanes". Allí nos entrenó como guías y llevaba cada vez

un grupo distinto a los viajes turísticos hacia los canales del extremo sur, realizados en barcos de pasajeros de la flota regional.

Werner Gromsch me dio la oportunidad de escalar ventisqueros a mis escasos dieciséis años. No he vuelto a hacerlo nunca más. Tengo, pues, por qué acordarme de él, cuando se piensa que los ventisqueros han entrado ya a la última etapa de su existencia, vestigios finales de la época glacial... Naturalmente, el profesor Gromsch murió en la miseria y a edad temprana. Creo que la chispa de fuego destruyó su espíritu al estallar el barril de pólvora.

De muchos otros de mis profesores recuerdo, con cariñosa nostalgia, sus pintorescos apodos: Cachalote, El Chino, El Negro, Pan de Grasa, Trompifay, Barrilito Nasolungo, Chalupa, y otros no menos crueles o graciosos. Casi todos esos profesores eran jóvenes. El único "viejo", inmutable, corpulento, con el pelo renegrado estirado hacia atrás, la cabeza ladeada y el rostro moreno, era el inolvidable "negro Barrera". Don Luis A., tan antiguo como el liceo mismo, había empezado de maestro primario y llegó a ser nuestro rector. Su vozarrón tenía cierto acento marcial cuando daba órdenes y sus reprimendas a cursos completos hacían época. Pero el negro Barrera tenía el alma blanca, de una diafanidad infantil. Era, pese a sus arrestos de ogro enfurecido, el mismo ingenuo maestro de escuela que se admiraba de los triunfos de sus ex alumnos "esos pinganillas que nunca van a ser nada", como solía decir en sus arrebatos de ira... Muchas generaciones lo recuerdan con

gratitud y simpatía. Yo tengo la suerte de poder decirlo en público, y en ocasión tan señalada como ésta. Radical, masón y comefrailes, don Luis A. Barrera tuvo épicos encuentros con los salesianos y hasta algunas bofetadas cruzó en memorable ocasión con el padre Rojas, otro chileno fornido y porfiado, que era a la sazón Vicario Apostólico. Cuando se acabaron los puñetazos, que no fueron muchos ni muy elegantes, y separados los contendores en plena plaza pública, por inquietos espectadores, se terminó como toda pelea a la chilena con un nutrido muestrario de expresiones folklóricas...

A todo esto, el pedal que movía la pequeña prensa de la revista "Germinal", golpeteaba rítmicamente y a cada golpe una nueva página aparecía saturada de tinta, entregando a las generaciones futuras nuestros altos pensamientos. ¡Ah!, pero no se vaya a pensar que la libertad de prensa campeara por sus fueros. Una vez alguien tuvo la malhadada ocurrencia de hacer un hermoso grabado que representaba un cachalote. Lo malo era que el poder estaba representado por el rector, a quien le decían —¡lo que es la alegría juvenil!—, justamente "cachalote". No fue censura lo que se aplicó. Lisa y llanamente, las páginas afectadas fueron silvestremente incineradas y a punto estuvo la imprenta de ser clausurada... Con esta experiencia, salió ganando la literatura, porque, naturalmente, evitamos toda alusión política en el futuro.

Se produjo la caída del Presidente Ibáñez y con él se cayó, entre otros, nuestro rector. Lo sucedió, ante el

estupor de tirios y troyanos, el inspector general, que lo era nuestro viejo cascarrabias, el “negro” Barrera. Con él vino una época que supusimos iba a ser de chacota. Nos equivocamos. Por aquello de que más sabe el viejo “por viejo que por negro”, don Luis A. manejó muchos años el establecimiento con verdadera sabiduría. No dejaba de oírse su tonante vozarrón cada vez más sentencioso, reposado y preciso. Después...

Llegó el último día. Fue la primera vez que me sentí solo en la calle. Después vino la vida y la lucha por vivir.

Del uniforme de scout salté al uniforme de bombero y del de bombero al de conscripto del Regimiento de Infantería N° 10 “Pudeto”. 1936 fue un año inquieto para el mundo. Se hablaba de guerra. Muchas veces pensé que no me quitaría el uniforme nunca más. España ardía en la guerra civil. Todo el mundo se armaba.

¡Qué distinta sonaba la diana entre los muros del cuartel! Yo la había oído desde niño, porque vivíamos frente al regimiento donde mi padre había comprado una casa e instalado su boliche con muy especulativa visión. Pero ahora su hijo mayor estaba al otro lado de la reja y en los dos años siguientes le correspondería a los otros dos muchachos. No era buena perspectiva tener tres hijos de uniforme. Además, estaba de moda el tango “Silencio”, cantado patéticamente por Carlos Gardel. Primera canción protesta: “Silencio en la noche, silencio en las almas...”

El barril de pólvora del profesor Gromsch estaba a punto de estallar.

Cuando en los primeros días de 1937 volví a la vida civil, me estaban esperando: los bomberos, los deportistas, los políticos, los artistas y el dueño de la ferretería donde trabajaba.

Por esos años empecé a ver que los hombres, como los árboles, o tal vez como los témpanos, tienen en la superficie sólo una parte de sí mismos. Lo demás, que suele ser lo más importante, está bajo la tierra o bajo el agua.

Ya no encontraba a mis viejos maestros en las salas de clases, sino que me topaba con ellos en la calle, el teatro, el bar, el estadio, la librería. Con los que habían sido mis oficiales y suboficiales en el ejército me encontraba de igual a igual y, a veces, aún de superior. Aprendí la relatividad de los valores humanos. Se podía ser muy valioso o muy inútil según y dónde.

En 1953 vine a radicarme definitivamente a Santiago. Años después, en 1966, publiqué mi primer libro. Era imperioso que fuera en 1966 porque yo cumplía 50 años y mi hija, veinte. Por esta razón, esa obra fue dedicada a ella. Ahora tengo un compromiso con mi hijo Nicolás Andrés que aún no cumple siete. Tendrá, pues, que esperar trece años para ver dedicado el libro que le corresponde.

De "Desde lejos para siempre", dijo Raúl Silva Castro, de la Academia Chilena:

"Como obra de letras la aplaudimos; pero, si además, simbólicamente, en ella vemos una respuesta al pesi-

mismo normal y consuetudinario del novelista chileno, mucho más la aplaudiremos, porque entenderemos que con ella se rompe ¡al fin!, la consigna de mostrar sólo lo sucio, lo podrido, lo deforme y lo aberrante”.

De esta primera novela debo decir que es una especie de libro de recuerdos, escrito en primera persona. Si bien tiene todas las características de una autobiografía, lo es sólo parcialmente. Por ello hay tres personajes que no tienen nombre propio: el narrador, el padre y la madre. En verdad, los tres son prototipos y constituyen el grupo central de una familia de inmigrantes yugoslavos. En este grupo básico están perfectamente definidas tres personas; pero a la vez contenidas muchas otras... Es esta la historia de una familia de inmigrantes similar a todas las familias de inmigrantes, no sólo yugoslavas, que arribaron y anclaron en Punta Arenas. Este libro recoge muchas pequeñas historias lugareñas, muchas tradiciones, usos y costumbres y, paralelamente, pinta la fase más importante del crecimiento y desarrollo de la ciudad más austral del mundo. Y más cosmopolita, sin duda alguna. El censo realizado en 1906 por el doctor Lautaro Navarro Avaria, establecía la presencia de alrededor de veintinueve nacionalidades diferentes, algunas con un solo representante. Digo alrededor de veintinueve nacionalidades porque aparecía como la colectividad más numerosa, la austro-húngara, en la cual se escondían por lo menos tres, a saber: los croatas en inmensa mayoría, uno que otro húngaro y no más de dos o tres

auténticos austríacos, entre éstos, un ex violinista de la orquesta vienesa de Strauss.

Los croatas, en más de un noventa por ciento dálmatas de las islas del Adriático, llegaron atraídos, como la gran mayoría de los inmigrantes europeos, por la fiebre del oro que había desatado en el extremo austral el ingeniero rumano Julio Popper, quien llegó a ser conocido como el Rey de la Tierra del Fuego, acuñó monedas, imprimió estampillas y hasta diseñó una bandera, aparte de contar con tropa armada no sólo para su defensa personal, sino para lanzarla en abierta lucha contra los indios onas.

Pero no quiero tomar esta figura de Julio Popper a la ligera. Aparte de ser el hombre que cosechó más oro en Magallanes, puede asegurarse que ello no fue obra de la casualidad o la tan mentada "buena suerte" de los mineros. Popper, hombre dotado de una cultura poco común en su época, ideó un sistema para aprovechar el agua de mar en el lavado del oro. En la zona donde ubicó su principal establecimiento, llamado El Páramo, en Tierra del Fuego, el desnivel de las mareas alcanza a varios metros y se estrella contra los acantilados. Esto le permitió captar aguas a gran altura, conducirla a sitios elevados y lavar yacimientos que de otro modo habrían permanecido inexplorados hasta el día de hoy. Fuera de algunos hombres de su confianza, nadie estaba enterado de cómo funcionaba el sistema y de allí la estricta vigilancia que mantenía sobre su secreto. La intrusión o la pretensión de intrusar, costó la vida a no pocos indios y a más de algún

osado aventurero. Julio Popper no era hombre que se anduviera con medias tintas. Tuvo por ello innúmeras dificultades con las autoridades, tanto chilenas como argentinas y, además, el desparpajo de hacerse fotografiar junto a unos cuantos cadáveres de indios onas después de una desigual batalla de rifles contra flechas.

Pero, de momento, no interesa el ingeniero Popper como depredador, sino como afortunado buscador de oro. En nutridos artículos de prensa, amenas charlas y sesudas conferencias, el aventurero rumano logró despertar el interés de numerosa gente. Algunos caballeros de fortuna no titubearon en formar una sociedad y Popper, por su parte, consiguió grandes facilidades con el gobierno de Buenos Aires. Pero, aquí está lo importante de mi historia; la mano de obra, que también habría de ser su fuerza armada, la reclutó entre los jóvenes austríacos que habían llegado al río de La Plata en pos de medios de vida. En precaria situación todos ellos, sin conocer el idioma —Popper conocía cinco o seis y los hablaba y escribía correctamente—, además, aldeanos fornidos y trabajadores, acostumbrados a labores rudas desde la niñez, eran precisamente lo que Popper necesitaba. Y así fue que llegaron a Punta Arenas y de allí, a la misteriosa Tierra del Fuego, los primeros dálmatas, allá por los años de 1886.

Se cuenta de dos o tres anteriores, venidos seguramente como consecuencia de alguna imprevista recalcada de buques de paso. “Marineros que besan y *no se van*”.

De este grupo que llegó con Popper —unos quince

en total—, conocí en los años del 40, durante mi estadía en Tierra del Fuego, a unos pocos sobrevivientes, hombres de ya avanzada edad. Uno de ellos, don Esteban Kovacic, me mostró algunas monedas de oro acuñadas en El Páramo y cuyo valor estaba garantizado por su peso: un gramo y cinco gramos de oro puro. Soy, por tanto, uno de los pocos magallánicos de mi generación que ha tenido tan valioso testimonio histórico en la mano.

Con estos primeros *eslavos del sur* o yugoslavos, se inicia hacia Magallanes una inmigración que, por su cantidad, su calidad humana y su extraordinaria capacidad de adaptación, habría de dar una fisonomía muy particular al extremo austral de América. Se calcula que por Punta Arenas entraron a Chile y Argentina más de dos mil quinientos individuos, de los cuales se radicaron definitivamente en la zona unos dos mil. De éstos, en cifras redondas, mil quinientos hombres y quinientas mujeres. Esta mayoría masculina determinó la alianza con las descendientes femeninas de otras nacionalidades europeas y, particularmente, en crecido número, con mujeres chilenas, de origen chilote. Ocasionalmente hubo algunos matrimonios de europeos con indias, pero sólo por excepción.

Otro grupo importante de inmigrantes yugoslavos llegó a la zona norte de Chile en la época del auge salitrero. Podría estimarse esta inmigración en algo menos de mil individuos. Separados por cuatro mil kilómetros, estos dos grupos no tuvieron entre sí mayor contacto y sólo, andando los años, sus des-

cendientes coincidieron en el éxodo hacia la capital, que tuvo comunes motivaciones. Principalmente esta convergencia hacia Santiago la originaron los hijos estudiantes. Estos hijos universitarios, una vez recibidos, optaron en su mayoría por radicarse en el agradable clima de la zona central y con mejores perspectivas de progreso en sus respectivas carreras. Son contados los que regresaron a su provincia a ejercer su profesión. Tras los hijos, emigraron muchos padres, a quienes empezaba a asustar el fantasma de la soledad en la edad otoñal. Aquí, en el valle del Mapocho encontraron, como Pedro de Valdivia, el sol vivificante, la tierra ubérrima y el aire generoso que los hizo sentirse como en su lejano suelo adriático. Más de algún añoso tronco retoño aquí en hijos tardíos y nietos precoces... Hoy la gran mayoría de yugoslavos viejos vive aquí, evitando los rigores del clima extremo que diezmó a muchos otros en la plenitud de la vida. Aquí nos acercamos también a edades serenas muchos de sus hijos.

Desde la perspectiva que dan los años se mira hacia atrás con amable nostalgia y con hondo sentimiento. Recuerdo, por eso, cada vez con definición más precisa, el escenario de mi ya lejana niñez. La dispersa ciudad cubierta de nieve en las madrugadas quietas de junio; los trineos en las calles, no sólo aquellos de construcción casera con que jugábamos nosotros, sino aquellos otros, arrastrados por poderosos frisonés, solos, en yunta o en triga, según el tamaño y la carga de cada trineo. Entre los más grandes estaban los del reparto de cerveza, cuyos caballos moros sacaban chispas del

hielo con sus anchos cascos y ponían alegría en el aire frío con los argentinos sonos de los cascabeles y campanillas de sus collares. Aparecía también por nuestra alejada calle un trepidante camión a vapor que estremecía el suelo con sus ruedas de fierro y ennegrecía el ambiente con el humo de su chimenea. Esta locomotora sin rieles, oscura y chisporroteante, acarreaba pirámides de sacos de carbón, que unos hombres negros de pies a cabeza, dejaban caer, como una profanación, sobre la albura de la nieve, en los umbrales de los portones a lo largo de la cuadra. Ese contraste de blanco y negro terminaba con el triunfo final del carbón que, tras haber sido breve brasa roja, llenaba el aire azul con ominosas nubes negras. Este juego de colores se completaba con el verde permanente de los cipreses, los robles, los canelos y la leñadura...

A pocas cuadras, tras la loma abrupta del Cerro de la Cruz, estaba el espejo de la Laguna de Patinar, bruñida lámina de hielo en que ejercitaban su virtuosismo algunos acróbatas del patín y golpeaban sus asentaderas los menos expertos. Estas eran las cosas típicas del invierno.

El verano, en cambio, estaba amenizado y amenazado por las notas ululantes del viento sempiterno y despiadado. ¡Cuántas veces nos desveló el miedo en las noches tormentosas en que la casa se estremecía, azotada por la furiosa granizada de las piedrecillas lanzadas como ráfagas de municiones por el ciclón! Hay que haberlo vivido para recordarlo; pero, es que, si bien yo había nacido en el Barrio Austriaco, a escasos metros

del mar, mi padre había ido a instalar su negocio en la esquina más alta de Punta Arenas, frente al futuro cuartel del Regimiento Magallanes... Así nos encontramos habitando la casa más extrema del límite urbano, donde se recibía todo el furor de la turbonada.

Pero, con ser mucho y muy frecuente, no todo era viento.

Estaba, como poética compensación, la luz. Esa luz que nacía desde el mar, enrojecía las nubes movedizas y luego ponía una sinfonía de colores en el cielo. Los lentos amaneceres eran sólo comparables por su inefable belleza, con los largos atardeceres en que las majestuosas nubes se aquietaban en su loco correr en alas del viento y se pintaban con tantos o más colores que la más policroma paleta, en manos de un pintor gigantesco que no podía ser otro que Dios.

Creo que este juego de luz y colores es el que produce y alienta el terco optimismo de los magallánicos, así en el poeta como el ovejero; el navegante, el hortelano, el carpintero y el albañil, el estudiante y el obrero. Esa luz hace bello el grandioso escenario en que es necesario enfrentar a cada instante los rigores de la naturaleza más inclemente del orbe. Hay que construir y navegar contra el viento; caminar y sembrar en el hielo; dormir en el verano en pleno día y trabajar en el invierno en plena noche... Tierra extrema y extrema, hace hombres extremos. El magallánico no se constriñe ni en sus afectos ni en sus afanes. Duro y silencioso, puede llegar a ser —también extremadamente—, afable y locuaz, sensitivo y apasionado.

La mezcla de sangre de todas las razas creó en Magallanes una raza nueva, única en el mundo y particularmente distinta al resto de los habitantes de Chile. Y esta raza es chilena por propia voluntad, porque quiso serlo y quiere seguir siéndolo. Y eso no es una afirmación antojadiza destinada a causar efecto de simpatía. Es una verdad histórica. Cuando la incipiente ciudad quedó prácticamente destruida como consecuencia del Motín de los Artilleros en 1877, el Supremo Gobierno decidió abandonar la colonia a su suerte y envió al gobernador don Carlos Wood Arellano, teniente coronel de ejército, con precisas instrucciones para rehabilitar sólo lo indispensable para sostener la escasa guarnición militar. Pero el gobernador se encontró con la valiente obstinación de un puñado de colonos europeos y chilotes que se habían aferrado a sus solares y persistieron en seguir luchando para reconstruir la arruinada población. El gobernador Wood fue entonces el más entusiasta propulsor de la idea de favorecer a la colonia, de dar tierras a sus pobladores, y elementos para que subsistieran hasta que Punta Arenas, poco a poco, dolorosamente, restañó sus heridas y comenzó a afianzar no sólo su progreso, sino la soberanía indiscutida de Chile sobre las márgenes del Estrecho y tierras aledañas.

Todo esto que se dice con tono anecdótico, en verdad, constituye una epopeya ejemplar y un caso único en la historia americana. La única ciudad que nunca fue fundada con actos oficiales, pergaminos, sellos y precintos. Nació sola en 1849, por la necesidad de los

desventurados pobladores de Fuerte Bulnes de encontrar tierras donde no se pudrieran las semillas sin llegar a florecer. Tampoco costó gran cosa al erario nacional. Los colonos hicieron sus casas con madera del bosque cercano. El único aporte fiscal llegó a enterar ocho quintales y medio de clavos. La autoconstrucción no ocupó ingenieros, planificadores ni asesores técnicos. Sólo tres carpinteros de buena voluntad y dedos duros para recibir martillazos. Cada colono se improvisó en artesano y labriego; las mujeres en costureras, lavanderas, panaderas, cocineras y, especialmente, mamás. Crío que nacía iba de cabeza a la pila bautismal, donde Fray Pasolini le ponía los óleos y lo rociaba con agua bendita. Los nacimientos se festejaban con gran alegría, aunque con cierta preocupación. La colonia no tenía médico estable. Sólo algún cirujano de los barcos de la Armada, cuya permanencia era ocasional. La mortalidad infantil era necesariamente alta. Dos flage los marchaban de la mano, despiadadamente: la tuberculosis y el raquitismo. Habría de pasar largo tiempo para que los pobladores llegaran a luchar con éxito contra las dos terribles amenazas.

Mis recuerdos de niño tienen grabada como figura imborrable, la del médico que solía visitar nuestra casa. Todos los puntarenenses de mi edad tienen, indudablemente, la misma imagen: botas, bastón, grueso impermeable, un sombrero alón y una gran bufanda; barba y bigotes muy cuidados, estatura regular, ojos claros; severo y a la vez cordial: ¡el doctor Mateo Bencur! No tiene ningún monumento en Punta Arenas,

pero lo tiene en nuestros corazones: ¡le debemos la vida! Yo era todavía muy niño cuando el Dr. Bencur decidió regresar a sus lares paternos. Era eslovaco, pero había residido en Dalmacia y se sentía dálmata como el que más. Sólo años después supimos que, bajo el seudónimo de Martín Kúkulín, era conocido en todo el mundo como el mejor novelista eslovaco de su época. Tan verdad es, que su nombre aparece en las enciclopedias europeas entre los literatos que han alcanzado la inmortalidad.

No era el único hombre que habría de causarnos agradable sorpresa andando el tiempo. Sin embargo, lo menciono sólo a él porque ni él ni yo imaginamos, en aquellos ya lejanos años, que algún día habríamos de ser —guardadas sean las verdaderas dimensiones— colegas letrados. Tampoco quisiera que alguien de mis propios colegas literarios insultara la memoria del doctor Bencur por haberme permitido vivir.

De él tengo la siguiente visión; tras haber salido de una crisis, que pudo haber sido una pulmonía fulminante:

“Lo primero que vi fue un triángulo con la punta para abajo. Después se encendieron dos ojitos claros y se perfiló claramente la barba recortada del doctor Bencur.

—Ya pasó —dijo—. Volveré mañana. Dele una píldora cada tres horas.

Y en seguida añadió con satisfacción:

—Este muchacho está salvado.

—Gracias a la Virgen del Carmen —murmuró mi madre.

—Y al doctor Bénçur —añadió mi padre.

—Y un poco también al aceite de bacalao —dijo el doctor, poniéndose su crujiente impermeable y calándose el sombrero hasta las orejas”.

Ciertamente esta sencilla anécdota pinta tres caracteres, tres personas, sin contarme a mí, y tres maneras distintas de mirar la vida. Es una escena que suelo recordar muy a menudo. Porque cada una de las tres actitudes es igualmente valiosa, conforme a como se presenten las circunstancias...

La pregunta con que más a menudo se tropieza un escritor es: ¿Cómo se escribe un libro? La respuesta adecuada sería: “De la misma manera como se planta un árbol o se tiene un hijo”.

Quiero decir con esto que escribir un libro es un proceso natural y debe, siempre, considerarse como tal. Los que escriben libros no son genios, aunque haya muchas obras literarias —como todas las obras de arte—, que son realmente geniales. En el libro, como en el árbol y en el niño, hay un largo proceso de gestación; hay en el escritor algo así como un período de embarazo, más o menos largo, según sea más o menos trascendente la obra que va a producir. Muchos dicen: “Me gustaría escribir, pero no me viene la inspiración..., tengo algunas ideas..., pero no sé cómo comenzar...” A la espera de esa inspiración que no llega se ha frus-

trado millones de veces el adagio oriental. Convencidos de que se van por lo más fácil, algunos plantan centenares de árboles y otros tienen un batallón de hijos. Muchos son los que no se atreven a escribir por falta de confianza en su propia capacidad; pero, más que nada porque están pensando en la gran obra, llamada a tener resonancia mundial y recibir todos los premios, empezando por el Nobel y, en gradación descendente, como haciéndose concesiones a sí mismo, el Premio Nacional o, por último, el Municipal de Santiago o el de la Junta Vecinal de Coihueco... Algo en fin que los perpetúe, sin darse cuenta que lo que ha de perpetuarlos es el libro mismo y no los premios.

Dije que los escritores no son genios, pero pueden tener obras geniales. Voy a ser más absoluto todavía. Ninguna obra de arte, absolutamente ninguna, se ha hecho en súbita inspiración, de una sola vez o en un tiempo breve. Ningún pintor ha pintado un cuadro famoso vaciando chorros de colores sobre la tela; ningún escultor ha esculpido la piedra con unos cuantos martillazos sin ton ni son. Sus obras han nacido de un lento, paciente y armonioso trabajo, reproduciendo la realidad y embelleciéndola, en largas y tediosas jornadas; corrigiendo y cuidando cada detalle con prolijidad, trabajando en silencio y soledad, en ciertos y determinados momentos en que se daban las condiciones de luz y sombra que la obra requería... Muchas veces el artista se aislaba no sólo por horas, sino por períodos que abarcaban meses y hasta años. Como Miguel Angel en los andamios del Vaticano. Si Cervan-

tes no hubiera estado preso y tenido a su disposición todo el tiempo requerido, no habría producido el Quijote... y Alonso de Ercilla y Zúñiga dedicó treinta o más años a escribir "La Araucana", puliendo uno a uno sus versos y ajustando a la métrica la verdad histórica que quería inmortalizar. No existe ningún gran artista que no haya sido antes que nada un excelente artesano.

No pretendamos ser excepciones.

Los escritores sabemos bien qué difícil es someterse a una estricta autodisciplina que nos amarra a la máquina de escribir, como a un instrumento de tortura. Lo otro es el aislamiento y el silencio. Es muy vieja la imagen del bohemio cuarto de trabajo de un novelista, en que sólo había dos ruidos: el rasgueo de la pluma sobre el papel y el gorgoreo de la cafetera. La soledad absoluta en que se recluye el escritor está poblada nada más que por sus personajes. Y esos suelen ser obsesivos: quieren vivir. Y tan obsesivos son, que lo acompañan a todas partes y, muchas veces, en la noche lo despiertan sin contemplaciones para insinuarle alguna idea, no siempre muy afortunada. Además abusan de la confianza que uno les ha dado y se ponen impertinentes. Ahí es donde el escritor dice: "a este lo mato". Y como puede matarlo impunemente, en ocasiones lo hace. Otros hay que claman por su vida y uno no puede menos de enternecerse y los deja vivir, aunque sabe que nunca harán nada de provecho. Pero, ¿qué importa? Hay tantos personajes reales que tampoco hacen nada.

En cualquier caso, estos personajes imaginarios terminan por tener cada cual su vida real, de papel y tinta, animada por el espíritu del autor. Y esta creación puede ser buena, regular o mala, pero es, sin duda, un milagro. Y al revés de la obra del Supremo Hacedor, aquí quien ha de morir es el autor y quienes se eternizarán en la tierra son sus creaturas.

Dije al comienzo que soy un escritor magallánico. Pero, soy *uno* entre muchos magallánicos que escribieron, escriben y escribirán. Me atrevo a decir que la provincia más austral de Chile y del mundo americano, tiene proporcionalmente más escritores que cualquier otra zona, a pesar del peligro que encierra tratar de enumerarlos, porque es inevitable olvidar involuntariamente a algunos. Además, sería injusto referirse solamente a los magallánicos natos, ya que han escrito sobre esa región numerosos chilenos y extranjeros. Soy uno de los pocos que ha tenido la fortuna de llegar a este lugar para su autopresentación. Esto constituye para mí un alto honor; diría un honor consagratorio, pero debido a la circunstancia de estar radicado en Santiago. Lamentablemente, la gran mayoría de los cuentistas, novelistas, historiadores, poetas y, en fin, literatos magallánicos, no logra que sus obras trepen por el mapa de este largo país, cuya caprichosa geografía hace que Magallanes sea una especie de mundo aparte. Y ese mundo siempre ha tenido el desafío de vivir de su propio esfuerzo y mantener vivas sus esencias. Una cultura ancestral traída de Europa, dio características propias al magallánico. No digo características mejo-

res o peores; digo solamente propias, con cierto pintoresquismo; pero con ciertas virtudes derivadas del cosmopolitismo. Una de esas virtudes fue el afán de instruirse que siempre caracterizó al habitante de Magallanes. Se quiere explicar esto, a veces, diciendo que el clima inhóspito obliga a las gentes a vivir encerradas. Es cierto; pero, fue por propia voluntad que muchos decidieron cambiar el atractivo ambiente calefaccionado de las cantinas, por las frías aulas de la escuela nocturna...

Otros factores que habrían de inducirnos a escribir —hablo en general—, fue la sólida base humanística que nos dieron, en la mayoría de los casos, tanto los salesianos como los profesores fiscales, en su mayoría estos últimos, recién recibidos y dotados de un entusiasmo a toda prueba.

En mi caso particular, no me limité sólo a leer aquello que estaba contenido en nuestros cursos de literatura. Entre los españoles conocí las obras de Unamuno y Pío Baroja, Pérez Galdós y la Bazán, el padre Coloma y Ortega y Gasset y muchos más. Podría decir sin exagerar, que leí además todos los poetas de habla hispana. La influencia de estas lecturas creo que a veces se trasluce en mis modestas obras. Pero, están también Balzac y Mme. de Staël, Víctor Hugo y los dos Dumas, Guy de Maupassant y los franceses contemporáneos. Entre los ingleses, Wilde y Bernard Shaw..., en fin, todo lo que estaba en los años del treinta al alcance de la mano.

Después hay un largo período en que se me hace

muy difícil leer. Mi tiempo libre está totalmente comprometido en otras actividades y un poco una cierta bohemia obligada. Cuando años más tarde intento ponerme al día y conocer a los autores nuevos, me sorprende notar en casi todos ellos un afán de apabullar al lector con salidas chocantes; con un uso ilícito del idioma, despreciando las normas gramaticales básicas. Sencillamente, no consigo interesarme en obras que cuesta un verdadero esfuerzo leer...

Es ahí cuando un día, revisando viejos escritos —en su mayoría cuentos—, que tenía arrumbados en muebles y cajones, caí en la cuenta de que muchos de ellos repetían los mismos aconteceres y personajes, variando sólo ligeramente en la forma. Pensé agruparlos en un solo volumen y para darles cierta continuidad los ordené cronológicamente. Así surgió la idea de darle al conjunto el carácter de novela. Lo que ocurrió con “Desde lejos para siempre”, habría de ocurrir casi exactamente con “Entre el cielo y el silencio”, que también nació de un grupo de cuentos.

Esta segunda obra tuvo y tiene, además, la intención de pintar un tipo humano —el ovejero de Tierra del Fuego— que tiende a desaparecer absorbido por el progreso. Ya las ovejas no caminan centenares de kilómetros para llegar maltrechas a su destino. Ahora se las transporta cuidadosamente en grandes camiones, cuyos choferes no necesitan atampar al raso y se hospedan en los hoteles de la ruta.

“La Tierra del Fuego se apaga”, escribió Francisco Coloane. Pues bien, el reencendido de la Tierra del Fue-

go, con el descubrimiento del petróleo, trajo consigo estos grandes cambios. Hoy en la isla se entreteje una red caminera de primera clase que une aún sus puntos más distantes.

Sobre la trascendencia que esta pequeña obra puede tener no me corresponde pronunciarme. Agradecer sí todos los elogios que por ella me han brindado tan benévola-mente mis amigos.

Al encontrarme con dos libros que parecían complementarse, advertí que era imprescindible afrontar un tercero. Ya tenía la novela del inmigrante y del ovejero: dos puntales de la estructura magallánica. Faltaban los hombres del mar: nutrieros, loberos, pescadores, misioneros, navegantes, pobladores, aventureros. Mi primer escenario era la ciudad; el segundo, la pampa; el tercero tenía que ser, obviamente, el mar. Un mar muy especial: el último del mundo.

NICOLAS MIHOVILOVIC

Santiago, 10 de agosto de 1978.

EN LA SERIE

¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS
CHILENAS?

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa

Miguel Arteche

Gabriela Lezaeta

Manuel Francisco Mesa Seco

Cecilia Casanova

Fernando González-Urizar

Julio Flores

Antonio Cárdenas Tabies

Jaime Quezada

Emma Jauch

Carlos Ruiz-Tagle

Alicia Morel

María Silva Ossa

Isabel Velasco

Juan Antonio Massone

Pepita Turina

María Urzúa

Hugo Montes

Nicolás Mihovilovic



EDITORIAL NASCIMENTO